

YO QUE TÚ

Manual de gramática y poesía

Juan Vicente Piqueras

ÍNDICE

PRÓLOGO

Poesía y Gramática,
por JUAN VICENTE PIQUERAS, 7

LA PRIMERA PERSONA DEL *SINLUGAR*

1. Sujetos, 19
2. Modos y tiempos verbales, 21
3. *Ecce Ancilla Domini*, 23
4. Todavía cuando, 24
5. Entre paréntesis, 27
6. Un hombre cualquiera un día cualquiera, 28
 7. La palabra nadie, 29
 8. Voz pasiva, 31
 9. Romance docente, 32
 10. *Homo conditionalis*, 34

11. Así es la vida (o Sé impersonal), 35
12. Soneto del Sr. Pluscuamperfecto de Subjuntivo, 36
 13. Dones y dondes, 37
 14. La última persona, 38
 15. La espada y la pared, 39

LA PRIMERA PERSONA DEL PLURAL

1. Adverbios de lugar, 43
 2. Aquí y ahora, 45
 3. Dos puntos, 46
4. Una historia de amor conjugada, 48
5. Pronombres personales, 49
 6. *With & Without*, 30
 7. Cuando, 52
8. Pronombres posesivos, 53
9. Sed del verbo amar, 54
10. Romance indeciso, 55
 11. Peros y peras, 56
 12. Hasta ayer, 57
13. Nosotros sin nosotros, 58
 14. Yo que tú, 60
 15. Sal de ti, 61
 16. Ella y yo, 63

HIJOS DE BABEL

1. La palabra horizonte, 67
 2. Alfabeto, 68
 3. Mudanzas S. A., 72
 4. Dieta lingüística, 74
5. Los hermanos *Por* y *Para*, 75
 6. Adivinanza, 77
 7. Jugos de palabras, 78
 8. Reunión de profes, 80
 9. Hijos de Jeremías, 81
 10. Poema por señas, 83
 11. Soñar años, 84
 12. La diosa Irse, 86
13. Padrenuestro gramatical, 88
 14. Hijos de Babel, 89

EPÍLOGOS

Tres puertas para Juan Vicente Piqueras,
por JESÚS AGUADO, 93

Del inevitable encuentro entre poesía y gramática,
por LOURDES MIQUEL, 97

POESÍA Y GRAMÁTICA

I. LA PALABRA GRAMÁTICA

Cuando yo era pequeño (es decir, cuando el pronombre de primera persona del *sinlugar* todavía tenía un lugar y eran pequeños los dos, el lugar y él) la palabra gramática tenía tres acepciones.

LA PRIMERA era agrícola y botánica. En un alarde de ironía muy próximo a la guasa los agricultores de mi aldea llamaban *gramática* a la grama, hierba intrincada y tenaz que crece en los majuelos con la maldita costumbre de enredar sus raíces a las de la cepa, lo cual hacía especialmente difícil, por no decir imposible, la labor de extirparla de las viñas.

También la gramática enreda sus raíces con las de nuestra vida, nuestra vid, en nuestro cerebro, y es difícil de *desintrincar* (verbo que, si no existe, debería existir como *inolvidar*, *indecidir*, *inesperar*, y tantos otros que ahora no es el caso), de comprenderla, de separarla de nuestra condición.

En fin, como iba diciendo, cuando pasaba alguien con la azuela al hombro porque iba a *rozar hierba* (así se llamaba la labor de quitar las malas hierbas de la viña para que no se bebieran la savia que necesitaban las uvas) se solía comentar: *Ese va a estudiar gramática.*

O se le preguntaba saludando y él lo corroborara:

—¿*Ande vas?*

—*A estudiar gramática.*

Asimismo, cuando un niño no iba muy bien en la escuela la guasa se podía convertir en sarcasmo: *Este, de mayor, va a estudiar gramática*, decían para dar a entender que su futuro estaba en la agricultura y no en la cultura. Conceptos estos, cultura y agricultura, que eran entonces antónimos y enemigos. Y así nos ha ido, así nos va. Pero este es otro tema.

Para mí, como digo, gramática y agricultura siempre fueron sinónimos. Cuando abandoné la agricultura de mi infancia seguí cultivando la poesía, que en parte heredé de ella y de allí. Y he pasado media vida estudiando y enseñando gramática española a estudiantes extranjeros como yo.

LA SEGUNDA acepción, adjetivada, no era estrictamente rural pero sí popular. Era la famosa *gramática parda*. De los más listos sin haber estudiado, de los que eran capaces de afrontar todo tipo de trances y salir airosos de ellos, de los que sabían ser, estar y parecer, de aquellos cuya única escuela era la calle y habían aprendido bien en ella la lección, de los que tenían mano izquierda y sabían tomarse las cosas con filosofía, se decía que tenían *gramática parda*.

LA TERCERA acepción era la peor porque se trataba de la gramática real: una materia ardua que era obligatorio estudiar en la escuela. Era una retahíla de conceptos que intentaban explicarnos cómo funcionaba la lengua que ya hablábamos, una serie de leyes que había que observar con escrupuloso celo para hablar y escribir correctamente. Se trataba, y eso era lo fascinante, de pararse a pensar cómo se construían las frases que decíamos cada día sin pensarlas. *Gramática viene del griego gramma que significa letra*, nos dijo el maestro. Y sus dificultades venían de antiguo cifradas en aquel refrán que, en un alarde de delicadeza didáctica, rezaba: *La letra con sangre entra*.

Era aquella una concepción fiscal de la gramática que, por desgracia tal vez inevitable, ha llegado hasta nuestros días. Según los jueces de la lengua la gramática es un conjunto de leyes que hay que conocer y respetar y todo error será penalizado con un boli rojo y una nota baja. *Te voy a poner un cero rojo*, amenazaba un profesor del instituto, el más fervientemente entregado a las tareas policiales que, al parecer, conlleva la enseñanza. Especie próspera, todavía hoy podemos encontrar profesores que, a pesar de su apacible apariencia, disfrutaban lo indecible con su boli rojo (mitad cetro, mitad látigo) subrayando errores gramaticales o encerrándolos en un círculo vicioso del que no conseguiremos salir mientras no seamos capaces de advertir la belleza del error, su origen a veces sabio, su encanto y la ocasión única que nos brinda para aprender y para en-

señar. A menudo el que se equivoca está reinventando la gramática, incluso corrigiéndola. Pero este también es otro tema que me permite, al vuelo, proponer un acercamiento compasivo y poético a los errores del alumno, y no olvidar jamás que el error es la ocasión mejor de aprendizaje que el destino nos depara.

LA GRAMÁTICA como materia imprescindible para expresarse bien en una lengua es un mito dudoso. Nadie camina o baila mejor porque conozca la anatomía humana y el nombre de los huesos que la componen. Nadie aprende a respirar mejor estudiando radiografías de pulmones. Nadie aprende a navegar mirando mapas. Desengañémonos. Puede ser de enorme ayuda conocerla pero no creo que nadie pueda aprender a hablar y a escribir solo estudiando gramática.

LA GRAMÁTICA es otra cosa: estudio *a posteriori* del acto lingüístico, filosofía del lenguaje, reflexión sobre lo dicho y lo escrito, lo escuchado y lo leído, y hasta lo meditado. La gramática no es canto, es estudio del canto, no es música, es solfeo, exploración, recuerdo, devoción por la voz. La gramática es un tratado del alma. Estudia las maneras que el cerebro humano tiene de decirse a través de esos poemas que llamamos palabras.

La poesía es, claro, anterior a la gramática. Aún no existía la palabra gramática y ya existían poemas, y voces que los cantaban de memoria.

La gramática nació probablemente para intentar entender el misterio de las palabras, la poesía que encierran y crean y transmiten las palabras.

LLEVO MÁS de treinta años dedicándome a la gramática y a la poesía. A la primera, pensé siempre, más por obligación. A la segunda por total devoción. Durante años me mentí creyendo que esta doble vocación (perdón por tanta palabra terminada en *ción*) era, en vez de una riqueza, un suplicio que me obligaba a una especie de esquizofrenia profesional. Los trabajos del profesor le quitaban tiempo al poeta. El poeta se veía obligado a robarle tiempo al tiempo del profesor. Cuando estaba dando o preparando una clase sentía que le estaba quitando espacio a la poesía. Cuando estaba leyendo o escribiendo poesía lo hacía de manera furtiva, culpable, porque estaba eludiendo la obligación. Etcétera, etcétera. Cuando un hombre decide torturarse a sí mismo toda la culpa *judeocristianalaboral* acude a echarle una mano.

Tarde he comprendido que no era así, que poesía y gramática se alimentaban mutuamente, se prestaban ayuda, se intrincaban como la grama y la vid. Que obligación y devoción son caras de la misma moneda, como el día y la noche, la luz y la sombra. Ahora (más vale tarde que nunca) me doy cuenta con gratitud de cuánto debe a la poesía mi enseñanza de la gramática, y en general de la lengua, y de cuánto le debe mi poesía a la reflexión (y a la emoción) gramatical.

LA PRIMERA PERSONA
DEL *SINLUGAR*

SUJETOS

YO es el lugar de encuentro
de la conjunción copulativa
con la disyuntiva. Yo
vive entre lo que une y lo que separa.
Cuando saca un verbo a bailar
con una mano lo abraza y con la otra lo empuja.

TÚ es un pronombre que pide
para ser pronunciado
besar el aire.

ÉL no es más que un artículo determinado con acento
y el *que* relativo dentro.

ELLA es bella y no está.

USTED, una pretensión, una dificultad, como todas
las palabras que terminan en d.

NOSOTROS somos nos y somos otros.
¿Tal vez por eso no soy de los nuestros?

VOSOTROS es la voz de los otros, la sal de los demás,

sin la cual todo es soso.

ELLOS son lo peor, los culpables de todo, nadie sabe
quiénes son, dónde están, solo el infierno
que infligen.

ELLAS, sin lugar a dudas,
nos amarían si nos conocieran,
pero son las remotas, las amantes antípodas.

USTEDES, ¿qué desean?

MODOS Y TIEMPOS VERBALES

Soy, he sido y seré
el que podría irse si quisiera
pero acaba quedándose.

Es cierto que me he ido de demasiados sitios,
que fui más fugitivo que feliz,
que de todo con todo me fui yendo.
Ahora soy, sigo siendo,
el que podría irse si quisiera
pero ya no se va, ya ha decidido,
sin decidir, quedarse.

Soy el que fui y se fue pero también
soy el que no seré, el que nunca fui
y el que nunca se fue.

Vivir es conjugar todos los tiempos
y modos de los verbos ir y ser
que, pasados, remotos, son iguales.
Fue será mi epitafio monosílabo
como un soplo de fuelle
sobre una lumbre extinta.

Soy y seré tan solo el que podría
ir, ser, irse, es decir: que no podrá.

Ahora comprendo que el condicional
parece ser hermano del futuro
pero es la latitud de sus caballos.

Soy, he sido y seré
tiempo de verbo, carne conjugada,
hijo de navegantes subjuntivos.